



Obras y Autores: *El Mercurio, Stgo., 11-III-1973, p. 5.* 664334

Mario Cánepa Guzmán: Rondel

Por HERNÁN DEL SOLAR

Su obra es numerosa: poesía, teatro, ensayo, cuento. La lista comienza con "Palabras sencillas", poemas publicados en 1960. Entre ellos, y "Rondel", que aparece con sello Arancibia Hnos., la crítica ha estado siempre de su parte. Elogia su interés por el trabajo, su deseo de superación, su sencillez. Es tan visible su amor a la literatura que se tiene la impresión de que parece no pedirle a la vida sino tiempo para escribir. Y suele no tenerlo en abundancia, como le ocurre a muchos escritores, porque el trabajo que le da para vivir es exigente, abulta, deja resquicios muy pequeños. Por ellos se cuenta Cánepa Guzmán y, sacrificadamente, escribe. Son esos momentos, tal vez, los que prefiere. En ellos se entrega sin reservas a su vocación.

En su poesía, las características que nos parecen más notorias son el respeto del ritmo, la acogida que da a las palabras de cada día el anhelo de sinceridad, el realismo de su expresión. En el teatro, el buen humor, siempre delicado. En el cuento, la imaginación que no sobrepasa sus límites, la observación precisa que no se obstina en el detalle, bastándole con señalar los rasgos reveladores. En el ensayo, el estudio detenido, la búsqueda de datos esenciales, la ordenación que permite, con toda claridad, abarcar el tema abordado.

No conocemos su obra de manera total; pero lo que hemos leído nos capacita para asegurar que es un escritor fiel a su sensibilidad, a su sentido de la vida, sin pretender en momento alguno coger una máscara retórica que le favorezca. Es como es. No de todos los escritores puede decirse otro tanto. Y ésta es una de sus virtudes capitales. Por ellas se le aprecia.

"Rondel" nos trae una curiosa impresión. Es inmediata, fuerte, se nos impone. El autor parece haberse detenido en medio de la vida para dar una mirada lúcida en torno.

—He vivido sin engaño—nos parece oírle decir secretamente. En cada uno de mis libros he reflejado, con intención de veracidad, mis ideas, mis sentimientos, mis creencias, todo lo que constituye mi vida íntima. Ahora quiero hacer un breve balance de esta existencia. Siendo una, y pareciendo siempre la misma, es múltiple. Es como si hubiera sido vivida por diversos hombres. Ahora quiero ver cómo es esto, por qué, y examinarlo con clara conciencia.

La mirada es analítica. No se distrae en signos vacíos. Es el ojo del espectador que ve y enfoca. El primer poema—"Desnudos"—capta seres y cosas y rápidamente camina hacia lo interior:

a veces se siente tal cansancio
que dan deseos de sentarse a la orilla de la vida
a esperar que pase, como viento campesino
por nuestras esperanzas,
y se lleve el ramaje del árbol de los años
para quedar desnudos
como cuando llegamos primitivamente viajeros
a visitar el mundo.

Es la confesión inicial. Ya está en pura contemplación. No vive. Se ha detenido a mirar la vida. Las palabras que lo cuentan son simples, coloquiales. Así mismo se hablaría entre un grupo de amigos. No hay imágenes vistosas: la vida es un camino, al borde se halla el espectador, y lo que prevalece es su deseo de que el árbol—que en buenas cuentas es el del bien y del mal—quede sin ramas, para ver su tronco, observar su mentira y su engaño, y saber, así, en adelante, si existe alguna sombra realmente cobijadora.

Se siente cansado de hacer cosas
y no hacerlas;
de tener amigos
y de andar calles peleando el espacio
para llegar más rápido
a donde no querías ir.

La mirada ha ensombrecido. Es la fatiga que arranca la luz de las cosas, del tiempo. Unas cuantas imágenes interiores asuman pesadamente: vivir es como girar en torno a la noria, buscar agua para la sed o la saciedad, y ser siempre el mismo, un simple solitario entre gente si nombre.

La síntesis es dolorosa. Así, desnudos, el mundo, el hombre, la vida son palabras que lastiman en lo hondo del poeta y en los versos donde se ha proyectado.

Todo se da en la rosa y en la espina,
en el vilano que del viento arranca,
en el agusto helado del aroma,
en el beso que es amor
y que también entregó Judas.

Los símbolos no son nuevos —y nada importa— la rosa y la espina. Con ellas dos, con mayor o menor fuerza, todos los poetas han fijado las fuerzas sucesivas que acechan al hombre, que lo asaltan. La alegría, la felicidad, y el dolor, el infortunio.

En esta ronda de sucesos externos e íntimos, en este pasar de recuerdos y de experiencias, en este continuo girar de posibilidades y fracasos, en este "estar" en la vida y "verse" tanto en sí mismo como a través de los otros, el poeta carga sus palabras de sabiduría. No intenta que sea sorprendente. Le basta con que sea verdadera, la de todo hombre, la que se dice simplemente, sin rebuscamientos.

Pero al fondo de esta sabiduría unánime, casera, de cada día y de cada uno, el poeta revela cómo duele el paso de los años. La vida escapa. Y esto es, realmente, lo duro.

Índol, pás, labar y masa noble
si en la mitad del siglo somos viejos!

Palabras de uñas recias. Van y vienen por el libro. Pero el poeta, con todo, ama la vida, en su mirada se hunde el hermoso paisaje, la bella mujer, la delicia de estar vivo. Esto no desdice sus palabras de poética amargura. Pero les quita la inmovilidad del juicio penoso.

Mario Cánepa Guzmán: Rondel [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mario Cánepa Guzmán: Rondel [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile